

F-E-I-S-M-E

“Yo no quiero matarte, ¿qué haría yo sin ti? (...) Tú me complementas” Le dijo el Joker a Batman en *El caballero oscuro* de Nolan. ¿Qué sería de Superman sin Lex Luthor?, el superhéroe sin el villano, el bueno sin el malo... y lo bello sin lo feo.

La fealdad, al igual que la belleza, son dos conceptos abstractos que han ido transformándose a lo largo de la historia. Lo que en la Grecia clásica era bello más tarde dejó de serlo. Ya Marinetti anunciaba que un coche de carreras era más bello que la propia Victoria de Samotracia, atribuyéndole así a la belleza un sentido funcional y no meramente estético. La belleza, -también la fealdad- es un valor relativo y desde el inicio de las vanguardias históricas hay un cuestionamiento de esta en todos sus sentidos: morales, éticos y por supuesto también estéticos. La belleza está en jaque, al menos la establecida como norma.

Murdo nos presenta en esta exposición (*Site specific*) una parodia sobre la belleza bajo el título FEISME. Un compendio de más de 40 trabajos en los que podemos ver los rasgos más significativos de su obra: la materia y el color. Una galería de mutantes en los que establece un nuevo canon para el rostro, un canon mecánico, cibernético, distópico, ciberpunk y *freak* -solo hay que atender a sus títulos-.

Freak como la película de los 90 de Paul Verhoeven, *Desafío total*, a la que parece recordar o *freak* como *La parada de los monstruos* de Tod Browning, donde sus personajes se rebelaban contra la maldad encarnada en la trapecista de “belleza” ortodoxa. Estos retratos que Murdo enseña parecen sublevarse contra la belleza, se ríen de ella. Un ejército de marcianos nos muestra sus rostros, sus caras se alzan contra nosotros, se ríen de nosotros, nos cuestionan, nos observan mientras comemos, con extrañeza, como si no fuéramos lo mismo.

La utopía de la belleza griega no dejaba ver la verdad, y aquí, como caminando ante la obra de Thomas Shütte (*Duendes*) por los pasillos del Museo Reina Sofía, descubrimos nuevas dignidades del rostro que luchan por su derecho a existir e intentando ganarle terreno a la ficción de lo ideal.

¿Cómo es una cara? ¿Cómo es la cara de quien me insulta? ¿Cómo es la cara de quien me ama, de quien me odia, de quien me juzga? ¿Cuántas caras posibles hay?, Murdo, parece conocer la respuesta. Como Marlene Dumas, la artista sudafricana que trabaja a través de la pintura sobre la psicología del cuerpo y el rostro, aquí nos presenta un abecedario, una plantilla de posibilidades, siempre bajo el prisma del humor.

El subconsciente ha cobrado vida y ha ocupado un espacio material y con ello las posibilidades de soñar, imaginar y alucinar se vuelven infinitas en manos de Murdo. Todo lo que nos presenta queda teñido por un surrealismo de serie B en cuyo universo los dioses han quedado relegados a un segundo plano para dar paso a otros seres mucho más divertidos y absurdos, llenos de sustancia pictórica y llenos de color. Emulando al Conde de Lautréamont, bello como el encuentro fortuito entre un Saura y un Gordillo en una mesa de disección.

Fernando Sáez Pradas